

DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA, LITERATO

Mario Ferrero

El escritor frente a la crítica

La multifacética personalidad de don Benjamín Vicuña Mackenna ha llegado a nuestros días coronada de un prestigio secular, de cierto halo de leyenda que no es fácil desentrañar y en cuya interpretación inciden una infinidad de factores de índole muy subjetiva, detrás de los cuales tiende a desvanecerse la calidez de su sentimiento y la perspectiva de su ideario político y social. Sin ser un novelista cabal, fue él mismo un personaje de novela, un protagonista demasiado presente y vital como para ser juzgado con absoluta imparcialidad.

Su capacidad de acción, la monumentalidad de su obra, su condición visionaria que sobrepasó con creces la mentalidad del medio en que hubo de actuar, parecen haber molestado a buena parte de sus contemporáneos, cuyos juicios críticos no siempre estuvieron a la altura de su talento y de su patriótica generosidad. Y es que este "monstruo de la naturaleza", como lo calificara con admiración Rubén Darío por la diversidad de su genio y la extraordinaria riqueza de su ámbito espiritual, estuvo siempre más allá de lo previsible, vivió un mundo mágico de inquietud sin límite, donde los sueños se mezclaron a la realidad y la documentación histórica se convirtió a menudo en una fina vibración emocional.

Se interesó por todo como un niño travieso, recogió con avidez los detalles más increíbles de la crónica histórica de su tiempo, vivió con intensidad inusitada, estuvo siempre en el lugar preciso, supo disfrutar de los momentos gratos con extrema libertad. Y aún se dio tiempo para escribir una obra monumental, una obra que, en conjunto, escapa al más minucioso de los análisis. Bastaría revisar en forma somera la *Bibliografía General de Vicuña Mackenna*, de don Alejandro Benelli¹, integrada por los trabajos de don Ramón Briceño, don Carlos Vicuña Mackenna, don Guillermo Feliú Cruz y don Eugenio Orrego Vicuña, para comprobar la diversidad de temas y personajes que conmovieron su curiosidad. En dicho estudio se logran computar 193 títulos, entre obras mayores, opúsculos y memorias de variada especialidad, a los que habría que sumar su bibliografía parlamentaria, conformada por 713 discursos o intervenciones importantes, 262 en la Cámara de Diputados y 451 en el Senado; y agregar todavía su bibliografía periodística: 1.270 artículos, comentarios y entrevistas sólo en diarios chilenos, particularmente en "El Mercurio" de Valparaíso, fundado por su padre, y en "El Ferrocarril", propiedad de don Juan Pablo Urzúa, más 150 artículos publicados en una treintena de revistas tanto nacionales como extranjeras.

No termina aquí el prodigio: aún faltan sus cartas, las que sólo se han podido contabilizar en forma aproximada. Recordemos al respecto una cita pintoresca de don Ramón Briceño: "Y llegamos al capítulo de las cartas, que es verdaderamente asombroso. Baste este sencillo dato: en sus archivos, don Benjamín ha dejado más de 200.000 cartas dirigidas a él, y jamás quedaba sin contestar una sola. Pongamos, pues, sólo 100.000 cartas escritas en su vida. A razón de veinte líneas por carta, tendríamos 2.000.000 de líneas. Reducidas a páginas de 40 líneas, formarían 50.000 páginas" ². Este cálculo, hecho a ojo de buen cubero, nos da la medida de su portentosa laboriosidad y nos llama la atención, además, sobre un aspecto de la investigación acerca de Vicuña Mackenna que ya será imposible completar.

Es lógico suponer que una obra de tales proporciones tiene que haber generado, como ocurrió, polémica constante y airadas réplicas que contribuyeron a vitalizar el ambiente cultural chileno del siglo pasado. Aludamos sólo a algunas que fueron memorables. Su libro *El Ostracismo del General Bernardo O'Higgins* (1860), que tuvo una segunda versión en *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins* (1882), suscitó una violenta respuesta de don José Antonio Irisarri: "El charlatanismo de Vicuña o crítica al disparatorio titulado *El ostracismo del General Bernardo O'Higgins*" (1863), en la que corrige datos e informaciones, pero a su vez se deja llevar por interpretaciones subjetivas que lo alejan del tema central y lo insertan en la diatriba. A su vez, *El Ostracismo de los Carrera* (1857), le significó una polémica epistolar con el General don Bartolomé Mitre, uno de sus amigos predilectos. Y en sus *Recuerdos Literarios*, Lastarria le objeta la interpretación de la revolución cultural de 1842, cuyo liderazgo don Benjamín le asigna a don Andrés Bello, en tanto que Lastarria destaca como tal a don José Joaquín de Mora, tildando a don Andrés de retrógrado y contrarrevolucionario.

Estos contrapuntos no hacen más que acentuar la importancia de Vicuña Mackenna en el panorama intelectual de su época, sin cuya presencia muchos de los estudios históricos que se escribieron no hubieran existido. A ellos contribuyeron también el interés de los sucesivos gobiernos chilenos por fijar la nacionalidad y el perfil psicológico, jurídico y social del país, tanto como la iniciativa de don Andrés Bello, desde la rectoría de la Universidad de Chile, de promover los estudios históricos entre sus miembros académicos. De allí surgió una brillante pléyade de historiadores que caracterizó la producción intelectual chilena del siglo XIX. Para muchos analistas, don Benjamín Vicuña Mackenna es el primero y más interesante de estos historiadores, lo que no es poco decir si consideramos que fue contemporáneo de Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, Monseñor Ignacio Eyzaguirre, Ramón Briceño, José Victorino Lastarria, Diego José Benavente, Manuel Antonio Tocornal, Salvador Sanfuentes, los hermanos Amunátegui, don Miguel y don Gregorio, Francisco Bilbao y Santiago Arcos, por nombrar sólo a los más destacados.

Hasta qué punto podría ser verídica esta aseveración es otro de los problemas que sólo tiene solución a título individual y que, en última instancia, perjudica la imagen totalizadora de don Benjamín, ya que no deja ver en él otros valores que son tanto o más importantes que los privativos del historiador. En todo caso, es un historiador distinto que posee virtudes que los otros no tienen: la amenidad, la gracia costumbrista en la captación de escenarios y lugares, el deleite en el detalle picaresco y popular, su captación emocional para penetrar en el alma de sus héroes, la enorme diversificación informativa, el cúmulo de curiosidades que los otros no vieron y que comunica a sus escritos un sello inconfundible; sus valoraciones en el matiz documental, las vivencias íntimas enlazadas al destino de sus personajes, la presencia emotiva del paisaje como elemento distintivo de la nacionalidad. Todo lo cual podría resumirse en tres cualidades paralelas a las del historiador: su capacidad y buen gusto en la composición de biografías personales, su amenidad como cronista de la historia y su importancia testimonial como memorialista, virtud ésta última que no le ha sido lo suficientemente reconocida.

Algunos de estos rasgos son advertidos por el propio Barros Arana, cuando recuerda: "En 1855, tuvimos otro entusiasta cooperador en aquella obra de investigación histórica. Benjamín Vicuña Mackenna, joven como nosotros, alejado de Chile por causa de las turbulencias políticas en que precozmente había tomado parte, regresaba a la patria después de tres años de viajes en Europa y en América, que habían desarrollado considerablemente su talento rápido y su vigorosa imaginación. Aunque ya era autor de algunos escritos no desprovistos de mérito, puede decirse que entonces se inició en la carrera literaria por la publicación de su libro de viajes, que anunciaba un notable escritor; y, después de él, por trabajos históricos que, a causa de la novedad de los hechos referidos y, más aún, del colorido y la animación con que eran expuestos, merecieron un aplauso alentador"³. La nota es importante porque lo presenta con caracteres diferenciados que atañen al estilo, lo que involucra la idea que hay dos concepciones distintas, dos líneas estilísticas en la forma de afrontar la recomposición de la historia: una concepción razonada, orgánica, documentalmente científica, que persigue la conclusión de pruebas irrefutables; y una concepción intuitiva, libérrima, que sólo apunta a la sugestión de formulaciones generales y que, por su forma, está más cerca del arte que de la ciencia. Esta segunda concepción se apoya mucho en la crónica, que es el aporte fundamental de Vicuña Mackenna. Por lo demás, toda historia perdurable no es otra cosa que una sucesión de crónicas, cuya interpretación debe realizar el lector conforme a sus preferencias y a su ideología.

La diferencia nos parece fundamental para el estudio de la historiografía chilena, y ha sido percibida por críticos sagaces. Don Emilio Vaisse afirma: "Hay evocadores de índole diversa. Unos evocan como por magia y otros por método

científico. Ejemplo de los primeros, don Benjamín Vicuña Mackenna". Y para hacer más gráfica su idea, agrega: "Don Benjamín Vicuña Mackenna me encanta a menudo, pero sólo de cuando en cuando me convence" ⁴. El hecho de que la lectura de don Benjamín "le encante" demuestra que percibe en ella sus valores estéticos. En otras palabras, destaca su condición de literato más allá de su fama de historiador.

Otro tanto ocurre con Alone, cuando se pregunta: "¿ Por qué sólo la gran historia documental, política, administrativa, guerrera, y nunca la que está detrás, modestamente anecdótica, con las ideas y costumbres, los caracteres individuales y esos choques imprevisibles que la realidad proporciona, a menudo, de puertas adentro ? Esto sin contar el color, la gracia, el placer palpitante de la vida" ⁵. Como buen lector de literatura de creación, es indudable que Alone echa de menos en buena parte de la historiografía chilena la amenidad, la gracia, la sonrisa, el placer estético de leer. Precisamente, todas aquellas virtudes que hemos venido señalando en Vicuña Mackenna.

No obstante, no lo incluye en su selección de *Memorialistas Chilenos*, donde creemos que don Benjamín hubiese aportado un matiz único, diáfano y eficaz. Es más, en una síntesis valorativa en otro de sus escritos, tiene para él palabras duras, severas, aún cuando le reconoce cierto encanto e imaginación: "Porque no era, ¿ qué vamos a hacerle ?, un escritor de los que perduran. Carecía esencialmente de medida, de tacto, de proporciones; no sabía limitarse y se desbordaba por todos lados. A veces su prosa adquiere un gran encanto; el hombre parece descuidado y se lanza admirablemente, halla frases felices, tiene fórmulas pictóricas, ingeniosas aún, de un humorismo ligero..." ⁶.

No quisiéramos prejuzgar, pero es imposible abstraerse a la sospecha que lo que menos gustaba a Alone de don Benjamín eran sus ideas, su condición de hombre de avanzada, como lo atestigua claramente este párrafo: "Algo había en él, en su temperamento, en su idiosincrasia, que disonaba y producía sordas resistencias. No era el tipo habitual en las esferas oficiales, ni aún en la alta sociedad. Demasiados elementos contrarios entrechocábanse en su espíritu, a la vez simple y complejo, claro y sorprendente. Aristócrata, hijo de presidente, nieto de un general y padre de la patria, sobrino del primer arzobispo, tendía hacia la izquierda, era un liberal pipiolo inclinado a la demagogia. Su catolicismo no le impedía oponerse, libertaria y románticamente, al clero y atacar los privilegios eclesiásticos..." ⁷. Creemos reconocer aquí un elemento de juicio extraliterario, intencionado, defecto que es común a un gran sector de la crítica literaria en nuestro país.

En todo caso, Alone no es el único proclive a estos enfoques. Aquí tenemos otro, ahora de don Alberto Edwards, a propósito de la publicación de *Don Diego Portales*, otro de los libros de nuestro historiador: "Don Benjamín

Vicuña Mackenna, autor del libro más popular que sobre Portales se haya escrito, cree que el gran ministro 'no fue ni pelucón ni pipiolo' y que fue arrastrado a la política por 'un vulgar resentimiento que había despertado sus bríos de caudillo y sus pasiones de hombre' ". Frente a esta opinión, extraída de su contexto, comenta don Alberto Edwards: "Este error de Vicuña Mackenna se comprende. Penetrado de sincera admiración hacia la colosal figura que tiene delante, siente a la vez sublevarse dentro de su alma sus tradiciones pipiolas y sus doctrinas políticas. Ello lo arrastra a negar al partido pelucón su más alta gloria histórica, y al mismo Portales sus ideas, porque eran contrarias a las profesadas por el biógrafo" ⁸. Nos parece inadecuado discutir aquí las ideas de don Diego Portales, pero es perfectamente lícito hacer notar la altura de miras, el respeto, el gran acopio documental, el aporte de numerosas piezas hasta entonces desconocidas, los elementos sensibles en el trazado de su biografía, la grandeza espiritual con que Vicuña Mackenna afronta su tarea, además de la condena reiterada del asesinato de Portales, condena que a menudo alcanza niveles de profunda emoción y que volverá a tratar, una y otra vez, en varios de sus libros.

Muchos años después, durante una excursión por la zona del Barón, vuelve a contar a sus compañeros de viaje y a recoger en libro la relación del comandante José Carlos Valenzuela, en ese tiempo alférez de húsares, quien, en esa calidad, presencié la captura del caudillo y su posterior ejecución. La escena bien merece ser reproducida. "Estaba don Diego Portales tendido de espaldas a un lado del camino, hacia el mar. Tenía puesta una mantita cariz la cual se hallaba volada hacia la cabeza. No tenía camisa. Sólo estaba en calzoncillos y en un pie tenía una media y en ambos remachada una barra de grillos. El pecho, estómago y barriga estaban cubiertos de piquetes, al parecer de bayoneta, y a más tenía una herida ancha, como de espada, en el pecho, y otras heridas más que no recuerdo dónde" ⁹.

La singularidad de sus biografías

Dejemos el comentario crítico y regresemos a lo netamente literario. Decíamos que a nuestro parecer don Benjamín sobresale en tres aspectos: como biógrafo, como cronista y como memorialista. En la primera de estas especialidades dejó una cincuentena de biografías o retratos biográficos a mano alzada de imponderable valor, sin los cuales habría sido difícil reconstruir la sicología de otros tantos personajes de significativa figuración histórica.

Destacan, desde luego, sus obras mayores sobre don Bernardo O'Higgins, los cuatro hermanos Carrera, don Diego Portales, don Manuel Montt, su calificado

adversario político; la Quintrala, el coronel don Tomás de Figueroa y el piloto Juan Fernández. Pero además escribió estudios especiales sobre Lautaro, Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, don José de San Martín, el general Blanco Encalada, el abate Juan Ignacio Molina, el general don Juan Mackenna, Claudio Gay, don Juan María Gutiérrez, el tirano Rosas, el general Vidaurre. Otros tantos personajes son tratados con singular relieve en prodigiosas síntesis psicológicas, como es el caso de don Manuel Prado, ex presidente de Perú; don Antonio José de Sucre, el general don Bartolomé Mitre, Ramón Dardignac, José Joaquín de Mora, Lord Cochrane, el coronel Lorenzo Barcalá, Manuel Rodríguez e incluso el pintor Lemoine, quien realizara ese hermoso retrato en que don Benjamín aparece en apostura de prócer, con sus enormes bigotes blancos y su avanzada calvicie.

Por lo general se cree que la biografía es un género fácil, que sólo requiere de información erudita y una cierta capacidad de síntesis. Profundo error. La biografía exige, ante todo, una gran sensibilidad, buen gusto natural, inteligencia despierta para poder distinguir entre lo trascendente y lo superfluo. Precisa, además, de una cultura vasta, de un conocimiento profundo del alma humana, a todo lo cual hay que agregar la ambientación de la época, las ideas, las costumbres, el lenguaje, sin lo cual los personajes dejan de ser realidades vivas para convertirse en simples caricaturas. Como si esto fuera poco, el biógrafo necesita de otros ingredientes: una dosis imponderable de amor por su héroe, sentido justo de la composición, dominio de las estructuras, amenidad, simpatía. Y antes que nada, talento creador, sin el cual no se puede intentar siquiera la más modesta obra literaria.

Vicuña Mackenna poseía muchas de estas virtudes. Y las poseía porque amaba la vida y a los seres que en ella se mueven. Acerca de su preferencia por la biografía, ha escrito Domingo Amunátegui: "En el estudio de la historia, Vicuña Mackenna buscaba siempre al individuo o a los individuos, y se complacía en salvar del olvido hasta los más insignificantes hechos de la vida íntima. No manifestó nunca verdadero interés por desentrañar el origen de los sucesos; ni se empeñó en componer una de esas obras de síntesis en que las personas desaparecen ante la fuerza avasalladora de los fenómenos políticos. El héroe y el grande hombre constituían la preocupación del historiador"¹⁰. El alcance es decididor y de fácil comprobación. Como buen humanista, le interesaban más los hombres, sus sentimientos, conductas y reacciones, sus peculiaridades personales, que los sucesos en que éstos participaban, acaso por casualidad. Esta característica lo acerca, en sus mejores momentos, a la novela, aun cuando, al parecer, nunca se propuso una adecuada estructura novelística.

A pesar de ello, para Amunátegui, *La Quintrala*, o sea, la biografía de la opulenta dama de Santiago que en el siglo XVII llevó el nombre de Catalina de los Ríos y Lisperguer, "tiene todo el atractivo de una novela de Dumas padre". El

juicio no anda errado, porque en *Los Lisperguer y la Quintrala* (1877), más que en ninguna otra de sus obras, Vicuña Mackenna dejó de lado gran parte de su documentación para dedicarse a componer un personaje propio de la ficción novelesca, al que le imputa cuarenta crímenes que no se detiene a probar, y a quien presenta como un ser satánico, al margen de la más mínima posibilidad de defensa, porque así lo requiere el ritmo narrativo. La ambientación de época y el entorno psicológico están dados con poderosa atracción, recursos que nos parecen privativos del novelista.

Incontables biografías se han escrito sobre Manuel Rodríguez, dentro y fuera de Chile, además de otros tantos retratos psicológicos entre los que sobresale el que le dedicara Domingo Melfi, el más agudo de los críticos nacionales. No obstante, es difícil encontrar una nota de más íntima caracterización psicológica, de más penetrante fusión entre el dato histórico y la personalidad del legendario guerrillero, que ésta de Vicuña Mackenna: "Manuel Rodríguez feneció por un implacable y a la vez inapelable decreto de la Logia Lautarina. El inmortal guerrillero de 1816 puso, sin embargo, de su parte cuanto su inquieto genio le dictó para provocar aquella terrible sentencia del Tribunal de los Diez, que gobernó a Chile desde Chacabuco a Sorata. Rodríguez aborrecía a los argentinos y no podía conformarse con su yugo... Era arrogante, provocador, inquieto. Sublime y salvador en la víspera de una batalla, era un obstáculo en la tarde de la victoria, y a la mañana siguiente una amenaza" ¹¹.

Pero si hay una característica que distingue la personalidad de don Benjamín como escritor, ésta se da en su condición de cronista.

La crónica histórica, el secreto de su amenidad

Fue un cronista torrencial, extenso sin ser cansador, de ingenio vivaz y una curiosidad inagotable. Escribía con la soltura y rapidez que exigen las prensas de los diarios, y en sus artículos no sólo daba cuenta del acontecer noticioso nacional, sino que de los más variados sucesos que ocurrían en el mundo, en una gama de conocimientos que ahora nos parece increíble para su época. Le interesaba todo: los hechos históricos dentro y fuera de su patria, los personajes que en ellos actuaban, las experiencias europeas en el adelanto agropecuario, la planificación de las ciudades y sus distintos mapas, la construcción de puentes, caminos y balnearios, la mineralogía, la flora, la fauna, el trazado de los ferrocarriles, las campañas de la guerra prusiana, las costumbres populares, la ingeniería náutica, la plantación de viñedos, todo lo que fuera curioso y digno de ser anotado, desde el uso del primer revólver hasta la historia del primer piano que

llegó al país o la plantación, en Quillota, del primer chirimoyo nacional. Pasaba sin transición visible de lo dramático a lo pintoresco, de lo trascendente a lo trivial, manteniendo siempre ese punto de interés que es propio del cronista innato, del que sabe enseñar entreteniéndolo y puede producir la angustia o la sonrisa.

Aún cuando se ha intentado más de alguna vez, sería imposible hacer una buena selección de sus crónicas sin caer en la omisión de aspectos importantes o dejar de lado aportes esenciales a la economía nacional, como ocurriría con "El libro de la plata" o "El libro del carbón", por ejemplo. A pesar de esta dificultad, es imposible sustraerse a la tentación de señalar algunos párrafos, aunque esto sólo sea para poner énfasis en su extraordinaria versatilidad. Notaremos de inmediato la capacidad de movimiento de don Benjamín como cronista, su colorido, su locuacidad, su relevante atracción, en las que sólo se podría establecer un parangón con José Joaquín Vallejos y Manuel J. Ortiz en el siglo pasado, y con Joaquín Edwards Bello en el nuestro.

Veamos una crónica de carácter dramático, como es el fusilamiento de dos de los hermanos Carrera en la cárcel aledaña a la plaza de Mendoza: "La fúnebre comitiva marchaba ya con paso lento por bajo los portales de la cárcel, y sólo turbaba el silencio helado de los circunstantes, el ruido de los grillos que arrastraban los reos. Ambos iban engarzados por el brazo; torvo y formidable el rostro de Juan José; sereno pero altivo el de su hermano. Vestía éste una levita de campaña, color plumizo, abotonada hasta el cuello que cerraba en su extremidad un corbatín militar. Su apostura era desembarazada y marcial, sin tener la estudiada petulancia de los que van a morir haciendo con su alma parte del mundano espectáculo que los rodea. Luis Carrera tenía entonces sólo veintisiete años de edad aún no cumplidos. Su figura aunque flexible, y un tanto encorvada en su modo habitual de tenerse, era arrogante y marcial cuando se ceñía su airoso uniforme. El rostro tenía igual belleza..."¹². La escena resulta de una emoción irreprimible. Y esto ocurre porque está muy bien escrita, lo que viene a echar por tierra aquellas incorrecciones de lenguaje en que algunos han insistido con intencionada majadería. Si las hubo, el detalle no tiene mayor importancia. Académicos hay que jamás lograrían un episodio como éste.

No es la nota dramática la única que domina en el amplio registro de nuestro autor. Aquí tenemos un comentario alusivo a los bizcochuelos de Quilpué, donde impera el rasgo costumbrista de fina ironía criolla: "Cuando se anunció que el presidente Pérez iba a hacer su entrada en Valparaíso por la línea del ferrocarril, en su famoso paseo triunfal de 1862, todas las bateas de Quilpué se pusieron en requisición con el objeto de formar un arco colosal de aquella sabrosa pasta, debajo de la cual pasaría S. E. En esos años, la presidencia de la República se parecía todavía a los camaricos y mamandurrias de la colonia... En cuanto al oro, que precedió como producción local al bizcochuelo, no ha mer-

mado con los siglos" ¹³ . La gracia oculta de esta observación evita el comentario. Está lejos, sin embargo, de constituir una excepción, ya que encontramos otras tantas relativas a la chicha de Valparaíso, a la planificación arbitraria del pueblo de Llay-Llay, a los queltehues del padre Ovalle, al primer piano de Ocoa, a los mineros de la Laguna cercana a Catapilco, a la gracia y riqueza del barrio de La Chimba y a la enclenque topografía de Reñaca, que bien valdría haber releído antes del último terremoto.

Otro tipo de crónicas atañe a la caracterización psicológica del chileno, como ésta titulada "La sogá de la calle Ahumada", que bien podría conservar una relativa actualidad. Allí, luego de contar por qué la calle Ahumada lleva ese nombre, relata una broma de "dos legítimos godos, naturales de Vizcaya, traviosos y un si es no es malignos". He aquí la chancera inventiva: "Y como uno y otro tuvieran sus tiendas de trapos, frente la una a la otra en la calle de los dos Ahumada, tendieron una mañana una cuerda de una acera a la otra, a la altura del pecho de un hombre para observar lo que hacían los paseantes, y tras de sus mostradores pusieron muy formales al acecho. Pasaron en primera línea los domésticos que iban de madrugada con sus canastos al mercado, y se agacharon. Pasaron en seguida las grandes damas con sus chinos a la misa y sus mantos y peinetas de una vara, y se agacharon. Pasaron los grandes señores con sus capas a sus menesteres matinales, los jueces, los abogados, los capitalistas, y todos se agacharon. Y así los dos pérfidos vizcaínos tuvieron la sogá hasta las oraciones, y así, sin decir una sola palabra de protesta, pasaron agachados por debajo de la sogá, sin ocurrírseles siquiera la idea de una protesta, todos los hijos de Santiago" ¹⁴ .

Los párrafos reproducidos confirman las virtudes del cronista: su agilidad imaginativa, su facilidad en la composición de escenas de rápida captación, su liviana ironía, el relato picaresco y popular con que afronta los detalles curiosos de la vida. Virtudes todas de orden estético que están revelando en él a un artista de la crónica y no a un historiador común, conforme a la concepción generalizada que tenemos del historiador. Carlos Vattier, al destacar estos valores, las emprende contra un tipo de historiadores que han prevalecido en nuestro desarrollo cultural: "Ahora que releemos la obra de Vicuña Mackenna estamos más en pugna contra aquellos que lo tildan de fantástico. Pertenecen éstos a la misma fauna de ciertos acarreadores de datos fallecidos, que brotan en Chile como la mala yerba, se hacen llamar historiadores y caen desplomados bajo el peso muerto que levantaron de las osamentas del tiempo" ¹⁵ . Y no deja de tener razón, ya que una apreciación de conjunto que pudiéramos trazar del género nos daría como saldo una imagen pesada, abundosa, con cierta monumentalidad aparente, pero socavada por el exceso de fidelidad a los hechos en desmedro de la recreación interpretativa de los volúmenes. Y la historia es, ante todo, un género literario que debe realizarse en el plano de la creación. De

lo contrario, no le habrían concedido el Premio Nacional de Literatura a don Francisco Antonio Encina.

Hay otros antecedentes que destacar: detrás de la crónica de Vicuña Mackenna está siempre presente su carácter, los rasgos esenciales de su personalidad. Estos rasgos han sido enfatizados por varios de sus contemporáneos: afán de servicio público, sentido extremo de la libertad, simpatía natural, ingenuidad de buena ley que no debe entenderse como ausencia de malicia, equilibrio en el humor, generosidad pública y privada, alegría de vivir, franqueza, espontaneidad. Y están presentes, incluso, algunos rasgos de carácter accesorio y pintoresco, como era su excelente apetito. Recuérdese, al respecto, el relato que hace de su tercer almuerzo del día durante una excursión a la estancia de Santa Rosa de Colmo, donde habría de fallecer años más tarde: "Un cuarto de hora después sentábamonos contentos, charladores y hambrientos a la mesa que el río regalaba con pintados camarones y sabrosas lisas, mientras el prado remitía el fresco tributo de choclos y lechugas, de arvejas, de tomates y frejoles tiernos, y a su vez el opulento océano, cuyos fieros rugidos se oyen junto al parlero río, rinde a la playa y al mantel sus exquisitos robalos y lenguados, sus congrios rojos, sus blancas corvinas, sus anguilas y viejas de todos colores y tamaños, junto con el pardo cochayuyo, sus coloradas jaivas (sic) y su viscoso lucbe, ofrenda de la cuaresma y sus vigiliass" ¹⁶. Sin duda, ésta es una estrofa de poema en prosa que hubiera firmado con deleite Pablo de Rokha, en su "Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile". Hasta hay cierto parentesco, cierta afinidad de lenguaje que nos hace suponer que el poeta leyó con detención al afamado cronista. Algo como un brindis los une en el recuerdo de una época en que se comía bien en Chile, costumbre que, por desgracia, se ha perdido por falta de práctica como diría González Vera.

Vicuña Mackenna, memorialista

Las mismas características que hemos venido destacando en nuestro autor como cronista, se acentúan en su condición de memorialista, con la diferencia que aquí es todavía más fresco, más lozano, ya que se trata de evocaciones directas, vividas en jornadas gratas o ingratas, pero poderosamente presentes. Señalemos, aun cuando las citas pudieran parecer excesivas, sólo una, relacionada con su participación en la revolución de 1851. "Eran los primeros días de enero de 1852. La sangrienta revolución del año precedente acababa de terminar. Mi padre, joven entonces, y mi hermano mayor acababan de volver de Loncomilla a aquel sitio de paz y amor después de las batallas del odio. Mi

próximo hermano y yo regresábamos de los librados en el norte. Eramos un padre y tres hijos, o más bien, éramos cuatro hermanos, y todos habíamos escapado ilesos del deber cumplido y del plomo traicionero, pero no de las venganzas políticas, más pesadas y tenaces que el metal de las balas. Diez meses vivimos allí ocultos, desde enero a noviembre, en que nos embarcábamos para California, como sobrecargos de un bergantín cargado con harina doméstica (harina de Tabolango)" ¹⁷ . Para quien guste de la literatura documental, ésta es una pieza de singular valor no exenta de emoción y realismo evocador del más puro cuño.

Todo lo cual nos lleva a la conclusión de que Vicuña Mackenna es un escritor de fuste, cuya presencia continúa vigente en el panorama literario de Chile. Es una lástima que su nombre no esté incorporado, en selecciones didácticas, a los actuales planes de educación secundaria. Los estudiantes de hoy tendrían mucho que aprender de su sabiduría, de su visión humanística, de su alto poder de creación, como ya lo advirtieron críticos señeros como Ricardo Donoso, Carlos Silva Vildósola y Raúl Silva Castro, entre muchos otros. Creemos que es necesario reactualizar el conocimiento sucinto de este hombre noble y vigoroso, el más fecundo de los escritores chilenos.

NOTAS

1. Alejandro BENELLI. *Bibliografía General de Vicuña Mackenna*. Dirección General de Prisiones, Santiago, 1940.
2. Ramón BRICEÑO. *Bibliografía chilena por un solo chileno*, conocida como la Primera Bibliografía de don Ramón Briceño, Anales de la Univ. de Chile, enero de 1886.
3. Diego BARROS ARANA. *Historia general de Chile*, tomo XVI, pág. 356.
4. Emilio VAISSE. *Estudios críticos de literatura chilena*, tomo I, Santiago, Nascimento, 1940.
5. Hernán DIAZ ARRIETA (ALONE). Prólogo a *Memorialistas chilenos*, Santiago, Zig-Zag, 1960, pág. XI.
6. Hernán DIAZ ARRIETA (ALONE). *Historia personal de la literatura chilena*, 2a. ed., Santiago, Zig-Zag, 1962, pág. 165.
7. *Ibid.* pág. 168.

8. Alberto EDWARDS. *Páginas históricas*, Santiago, Difusión, 1945, págs. 25-26.
- 9.- Benjamín VICUÑA MACKENNA. *Al galope*, Santiago, Imp. Gutenberg, 1885, pág. 63.
10. Domingo AMUNÁTEGUI SOLAR. *Historia de Chile. Las letras chilenas*, Santiago, Imp. Baicells, 1925, pág. 117.
11. Benjamín VICUÑA MACKENNA. *De Valparaíso a Santiago*, 2a. ed., Leipzig, Imp. Brockhaus, 1877, pág. 443.
12. Benjamín VICUÑA MACKENNA. *El ostracismo de los Carrera*. Cap. "El suplicio", Santiago, Imp. El Ferrocarril, 1856.
13. Benjamín VICUÑA MACKENNA. *De Valparaíso a Santiago*, cit., págs. 124-125.
14. *Ibid.*, pág. 553.
15. Carlos VATTIER. Comentario a "Páginas olvidadas", de Vicuña Mackenna en Revista "Atenea", N^{os} 91-92, 1932, págs. 144-145.
16. "Al galope" op. cit., págs. 30-31.
17. *Ibid.*, págs. 181-182.